

—¡Y bien! ¿Estáis contento, querido hijo? ¿Os habéis enterado?

Con miradas inquisitivas procuró penetrar hasta el fondo de su alma y averiguar hasta donde había llegado el experimento. Satisfecho luego con el examen, rióse con mucha dulzura.

—Sí, sí, ya lo estoy viendo... Vamos, de todos modos sois un muchacho razonable y empiezo á creer que vuestro malhadado asunto concluirá muy bien.

VIII

Las mañanas en que Pedro no salía y se quedaba en el palacio Boccanera, había tomado la costumbre de pasar horas enteras en el estrecho y abandonado jardín que en otra época terminaba con una especie de logia porticada, desde la que se podía bajar al Tíber por una doble escalera.

Entonces aquel jardín había quedado reducido á ser un delicioso rincón solitario, perfumado por las naranjas en su madurez y en el que centenares de naranjos eran los únicos que, con sus líneas simétricas, indicaban el dibujo primitivo de los paseos.

Allí encontraba también el olor penetrante de los bojés amargos, de los grandes bojés que habían crecido en la antigua pila del centro que el tiempo y el abandono dejaron llenar de tierra.

Durante esas mañanas de Octubre, tan luminosas y de un encanto tan tierno y penetrante se gozaba una dicha muy grande al vivir; pero Pedro llevaba ahí sus ensueños del Norte, el recuerdo de los sufrimientos, su alma de continua fraternidad condolidada que hacía hallarse más suave la caricia del claro sol en aquel aire de voluptuoso amor. Ibase siempre á sentar apoyado en la pared de la derecha y sobre un pedazo de columna truncada y derribada, á la

sombra de un enorme laurel, que era negro y de balsámica frescura.

A su lado, en el antiguo sarcófago cubierto de moho verduzco, en cuyos bajos relieves los lascivos faunos violentaban á las mujeres, el delgado chorrillo de agua que se desprendía de la trágica carátula, pegada al vetusto muro, añadía á los encantos de aquel lugar la música continua de su nota de cristal.

Allí leía los periódicos, las cartas, toda la correspondencia del bueno del abate Rose, que le tenía al corriente de su caritativa obra y del estado de los miserables del sombrío París ya estremecido por las heladas nieblas de lodo.

¡Ah! ¡Esas miserias de los países fríos, qué tremendas son! ¡Madres é hijos pequeños iban muy pronto á tiritar dentro de sus miserables zahurdas mal cerradas y peor acondicionados para resistir el frío; los hombres, á los que las grandes heladas iban á obligar á suspender la mayor parte de sus trabajos, perecían con toda aquella agonía sufrida bajo la nieve por los desdichados, el relato de esas miserias terribles yendo á parar allí bajo aquel cálido sol, á aquel aire, embalsamado con el aroma de los frutos en su madurez, á aquel país de cielo azul y de pereza voluptuosa en donde, aun en invierno, agradaba dormir al aire libre al abrigo del viento en algún soleado rincón!

Una mañana encontró Pedro á Benedetta sentada en el trozo de columna que le servía ordinariamente de asiento. Al verle lanzó un ligero grito de sorpresa quedándose como cortada durante un momento porque precisamente tenía en la mano el libro del presbítero, esa *Nueva Roma* que había leído una primera vez sin comprenderla bien. Apresuróse á detenerle haciendo sentarle á su lado, confesándole con su hermosa franqueza, con su aire de tranquila razón que si había bajado hasta allí era para encontrarse á solas y aplicarse á aquella lectura lo mismo que una colegiala ignorante.

Hablaron como amigos y aquella hora pasóse para Pedro de una manera muy agradable. Por más que Benedetta rehuyese el hablar de ella, comprendió Pedro perfectamente que eran sus penas lo que le acercaban á él, como si el sufrimiento la hubiese henchido el corazón hasta el

extremo de hacerla preocupar por los demás que sufrían en este mundo.

No había pensado nunca en esas cosas con su orgullo de patricia que consideraba la jerarquía como emanada de una ley divina, los ricos, los poderosos arriba; los pobres, los que sufren miseria, abajo, sin que haya ningún cambio posible y, al leer ciertas páginas del libro ¡qué asombros más grandes experimentaba! ¡Y qué trabajo más grande la costaba iniciarse en todo aquello!

¿Cómo? ¿Interesarse por el pueblo bajo; creer que tenía alma igual, las mismas penas y querer trabajar para su dicha lo mismo que si se tratase de un hermano?

Esforzábase sin embargo Benedetta para conseguirlo pero no lo lograba del todo con un temor sordo de cometer un pecado porque lo mejor es no tocar y cambiar el orden establecido por Dios y consagrado por la Iglesia.

Era catitativa, daba las limosnas acostumbradas, pero no daba su corazón, carecía totalmente de altruismo, de verdadera simpatía, pues, nacida y criada en el atavismo de una raza diferente hecha para tener hasta en lo alto del cielo tronos colocados sobre la plebe de los elegidos, no lo comprendía.

Otras mañanas volvieron á encontrarse bajo el laurel y al pie de la fuente cantante, y Pedro, desocupado, cansado de esperar una solución que, de hora en hora, parecía hallarse cada vez más lejos, se apasionó para amar con libertadora fraternidad á aquella joven tan hermosa, esplendente con su juvenil amor.

Una idea fué la que continuó inflamándole, la de que catequizaba á la misma Italia, la reina de la belleza, adormecida aún con su ignorancia y que había de recobrar su antigua grandeza si se despertaba cuando llegasen los tiempos nuevos, con un alma expansiva, llena de compasión hacia las cosas y los seres.

La leyó las cartas del buen abate Rose y la hizo estremecer con el sollozo, con el hondo lamento que se exhala de las grandes poblaciones.

Puesto que tenía unos ojos de tan profunda ternura, puesto que de toda ella emanaba la dicha de amar y de ser amada ¿por qué no había de reconocer con él, que la

ley de amor era la única salvación de la humanidad que sufre, caída por el odio en peligro de muerte?

Lo reconocía y quería darle la alegría de crecer en la democracia, en la reforma fraternal de la sociedad, pero en los otros pueblos, no en Roma, porque involuntariamente acudía la risa en sus labios, cuando evocaba lo que quedaba del Transtíbere, fraternizando con lo que se conservaba aún de los antiguos regios palacios.

¡No! ¡No! Esto hacía muchísimos años que duraba y no convenía cambiar en nada aquellas cosas. En resumen: la educanda no hacía grandes progresos y sólo la conmovía verdaderamente la pasión de amor y caridad que ardía con tanta intensidad en aquel sacerdote, pasión que éste apartó castamente de la criatura para no fijarse más que en la creación entera. Durante algunas de esas soleadas mañanas de Octubre, anudóse entre ellos un lazo de dulzura exquisita, amáronse realmente, con un amor profundo y puro dentro del gran amor que á los dos los consumía.

Llegó un día en que Benedetta, con el codo apoyado en el sarcófago, habló de Darío, cuyo nombre había evitado pronunciar hasta entonces.

¡Ah! ¡Pobre amigo! ¡Cuán discreto y arrepentido se había mostrado después de su arranque de brutal demencial!

Al principio, para ocultar su turbación, habíase marchado á pasar tres días en Nápoles, á donde le siguió Tonietta, la hermosa muchacha de los célebres ramos de rosas blancas, que se había enamorado de pronto de él. Y después, desde que había regresado al palacio, evitaba el encontrarse á solas con su prima y no la veía apenas más que los lunes y esto con aire sumiso é implorando perdón con los ojos.

—Ayer le encontré en la escalera,—siguió diciendo Benedetta,—le dí la mano y comprendí que yo no estaba incomodada: se puso muy contento, ¿qué queréis? No se puede ser severa durante mucho tiempo, y después, tenía miedo de que no le pasase algo malo con esa mujer si se divertía demasiado para aturdirse.

Es preciso que sepa que le amo siempre y que, como siempre, le espero. ¡Ah! ¡Es mío y nada más que mío!

¡Estaría para siempre en mis brazos si yo pudiera decir una palabra, pero por desgracia, nuestros asuntos van muy mal; tan mal...

Callóse, y al borde de sus pestañas, asomaron dos gruesas lágrimas. El pleito de la anulación del casamiento, estaba efectivamente como parado ante obstáculos de todas clases, que todos los días se aumentaban.

A Pedro conmoviéronle aquellas lágrimas tan raras de Benedetta, que muchas veces, con serena sonrisa había confesado que no sabía llorar.

Fundióse empero su corazón, y se quedó como anonadada, apoyándose en el mohoso sarcófago, medio carcomido por el agua mientras que el cristalino hilo que caía de la boca abierta de la trágica carátula, continuaba su perlina nota de flauta.

La idea brusca de la muerte se presentó de pronto ante el presbítero, al ver á Benedetta, tan joven, tan esplendente de belleza desfallecer al pie de aquel antiguo mármol, en el que, los faunos persiguiendo á las mujeres en una bacanal desenfadada, revelaban la supremacía del amor, del que los antiguos tenían á gala esculpir los símbolos en las sepulturas como para afirmar la eternidad de la vida.

Y una ráfaga de viento caliente, pasó por la soleada y silenciosa soledad del jardín, arrastrando el olor penetrante de los naranjos y de los bojés.

—¡Cuando se ama se es fuerte!—murmuró Pedro.

—Sí, tenéis razón,—contestó Benedetta, sonriendo esta vez.—No soy una niña... pero vuestra es la culpa, con vuestro libro... No lo comprendo más que cuando sufro.

¿No es verdad que en medio de todo voy adelantando? Puesto que lo queréis, que todos los pobres sean mis hermanos y ellas sean mis hermanas, todas las que tienen penas como yo.

Por lo general, Benedetta era la primera que se retiraba, y Pedro se entretendía, quedándose solo bajo el laurel, con el ligero perfume de mujer, y allí meditaba confusamente en cosas tristes y alegres.

¡Qué dura se mostraba la existencia para los pobres seres á los que enardecía la única sed de felicidad!

A su alrededor el silencio se había aumentado aún, todo en el viejo palacio dormía su pesado sueño de ruina, con su patio inmediato cubierto de hierba, rodeado de un pórtico muerto, en donde enmohecían los mármoles de las excavaciones, un Apolo sin brazos, y el cuerpo truncado de una Venus, y de lejos en lejos ese silencio de muerte no estaba turbado más que por el rodar de la carroza de algún prelado que iba á visitar al cardenal, internándose bajo el portal y dando la vuelta en el patio con gran estrépito de ruedas.

Un lunes, á eso de las diez y cuarto, en el salón de *donna* Serafina no se hallaban más que los jóvenes. Monseñor Nani no hizo más que presentarse un momento y el cardenal Sarno acababa de retirarse.

Y al lado de la chimenea, en su sitio de costumbre, *donna* Serafina estaba como apartada de todos, con la mirada fija en el lugar que antes ocupara el abogado Morano, que seguía sin querer parecer por allí.

Ante el sofá en que Benedetta y Celia estaban sentadas, hallábanse en pie Darío, el abate Pedro Froment y Narciso Habert, hablando y riendo.

Desde hacía unos cuantos minutos, el último se entretenía en hacer broma al príncipe, al que aseguraba haber visto en compañía de una muchacha muy hermosa.

—No lo neguéis, querido, porque en realidad es muy hermosa... soberbia... Iba á vuestro lado y os internásteis en una callejuela desierta, en el Borgo Angélico, según creo, y por discreción no quise seguirlos.

Darío se sonrió con mucha tranquilidad, como un hombre dichoso é incapaz de renegar de su gusto apasionado por la belleza.

—Sin duda era yo, no tengo para qué negarlo—dijo;—sólo que el asunto no es lo que os figuráis.

Y volviéndose hacia Benedetta que también se refa sin ninguna sombra de celosa inquietud, sino al contrario, satisfecha de la alegría que Darío había dado á los ojos durante un momento, añadió:

—Se trata de aquella pobre muchacha á la que encontré llorando un día, hará de esto unas seis semanas... Sí, aquella obrera, aquella perlera que lloraba porque habían

cerrado el taller y que echó á correr delante de mí para guiarme á casa de sus padres cuando quise darle algunas monedas. Se trata de Pierina, ¿te acuerdas?

—¿De Pierina? Sí, perfectamente.

—Pues imagináos que desde aquel día la encontré después cuatro ó cinco veces en mi camino. Y no lo niego, es tan extraordinariamente hermosa, que, cuando la veo, me detengo y la hablo... El otro día la acompañé hasta la casa de un fabricante; pero aun no ha encontrado trabajo y se echó á llorar; para consolarla la di un beso. ¡Ah! Se quedó sobrecogida y tan feliz... ¡tan feliz!

Todos se echaron á reír al oír la historia. Celia fué la primera que dejó de reír con grave acento, dijo:

—Sabed, Darío, que esa muchacha os ama y que no conviene que seáis malo.

A la cuenta Darío pensaba como ella; porque miró otra vez á Benedetta con un alegre significativo movimiento de cabeza como para decir que si ella le amaba él no la correspondía. Una perlera, una muchacha del pueblo bajo jeso no! Podrá ser una Venus, pero no una amante, jesto imposible!

Y se divirtió mucho con la romántica aventura que Narciso arregló con un soneto á la moda antigua: la hermosa perlera se enamora locamente del apuesto príncipe, bello como el sol, y que la ha dado un escudo, conmovido al ver su infortunio.

Trastornada desde entonces la hermosa perlera al ver que era tan caritativo como gallardo, le sigue por todas partes sujeta á sus pasos por un lazo de fuego, y la hermosa perlera, que ha rechazado el escudo, pide con sus miradas sumisas y tiernas y obtiene la limosna que un día el joven príncipe se dignó hacerla de su corazón.

Benedetta se divirtió mucho con aquel juego, pero Celia, con su angélica faz y su aire de jovencita que parecía debía ignorarlo todo, permanecía muy seria y repetía con tristeza:

—¡Darío, esa mujer os ama!

Entonces la *contessina* se apiadó á su vez.

—¡No son felices, pobres gentes!

—¡Ah! Aquella es una miseria que, ni aun viéndola, se

puede creer en ella. El día en que me hizo seguirla á los Prados del Castillo, me quedé sin saber lo que me pasaba, ¡aquello es un horror, pero un horror que asombra!

—Recuerdo que hicimos el propósito de ir á ver á esos desgraciados—dijo Benedetta—y creo hemos hecho mal retrasando tanto la visita, ¿no es verdad? Y vos, señor abate Froment, manifestáis deseos, para completar vuestros estudios, de acompañarnos en esta visita y ver de cerca de ese modo la clase pobre de Roma.

Levantó la cabeza y fijó sus miradas en Pedro, que permanecía silencioso desde hacía un momento. Se enterneció mucho al observar que se le ocurría aquella idea de hacer caridad, porque comprendió, en el ligero temblor de su voz, que deseaba mostrarse una discípula dócil, que hacía progresos en el amor hacia los pequeños y los míseros. En seguida se apoderó de él la pasión de su apostolado.

—Sí—dijo—no me marcharé de Roma hasta después de haber visto de cerca el pueblo que sufre sin pan y sin trabajo.

Ahí está precisamente la enfermedad de todas las naciones, y la salvación no puede venir más que con la curación de la miseria.

Cuando las raíces del árbol no se alimentan, el árbol muere.

—Pues bien; entonces pongámonos de acuerdo inmediatamente—respondió Benedetta—iréis con nosotros á los Prados del Castillo y Darío nos acompañará.

El príncipe, que había escuchado con asombro al presbítero sin comprender bien aquella imagen del árbol y de sus raíces, exclamó, dominado por gran angustia:

—No, no quiero, prima; vete tú á pasear por allí con el señor abate, si es que semejante paseo te divierte... pero estuve allí y no pienso volver, ¡palabral!

Al volver me faltaba poco para tenerme que meter en cama, pues tenía la cabeza y el estómago trastornados. ¡No! ¡No! Todo aquello es demasiado triste, no es posible... Es una abominación.

En aquel instante, una voz desagradable que revelaba descontento, elevóse del lado de la chimenea. *Donna Serafina* galía, al cabo, de su largo mutismo,

—Tiene razón Darío. Envíales una limosna, querida, á la que de muy buena voluntad uniré yo la mía... y ten presente que hay otros sitios más agradables á los que con más utilidad puedes acompañar al señor abate.

¡A la verdad que vas á hacer que se lleve un buen recuerdo de nuestra ciudad!

El orgullo romano sobresalta en medio de su malhumor.

¿A qué conducía el enseñar las llagas á los extranjeros, que iban tal vez animados por intenciones hostiles?

Era necesario que fuese todo siempre hermoso y no mostrar á Roma más que todo el aparato de su gloria.

Narciso se apoderó de Pedro, diciéndole:

—Es verdad, amigo mío, se me había olvidado recomendaros ese paseo, es necesario que veáis el nuevo barrio que han levantado en los Prados del Castillo.

Es típico y resumen de todos los demás. Viéndole, no perderéis el tiempo, os respondo de ello, porque no hay nada que pueda deciros tanto acerca de la Roma moderna, de la actual.

¡Es una cosa extraordinaria, pero muy extraordinaria! Encarándose con Benedetta, la dijo:

—Es cosa convenida, ¿queréis, señora, que sea para mañana? Allá abajo nos encontraréis al abate y á mí, porque deseo antes ponerle al corriente de todo, para que comprenda lo que va á ver. ¿Os parece buena hora la de las diez?

Antes de responder, volvióse Benedetta hacia su tía, á la que, con mucho respeto, manifestó su opinión.

—Tened presente, querida tía, que el señor abate ha debido encontrar bastantes mendigos en sus correrías por nuestras calles y puede verlo todo. Y, aparte de esto, después de lo que dice en su libro, creo que no verá en Roma lo que ya no haya visto en París. En todas partes, según dice él mismo, el hambre es igual.

Después la emprendió con Darío, con mucha dulzura y con un aire muy razonable.

—Has de saber, Darío, que me darás una verdadera satisfacción acompañándome allá abajo. Sin ti, parecería quizás demasiado que caemos del cielo... Tomaremos el

coche é iremos á reunirnos con estos señores. De ese modo daremos un buen paseo, ¡hace mucho tiempo que no hemos salido juntos!

Indudablemente esto era lo que la encantaba; el tener ese pretexto para llevarle en su compañía, para reconciliarse por completo con él.

Comprendiéndolo así, no se pudo esquivar y afectó tomarlo á broma.

—¡Ah! Vas á ser causa, prima, de que yo tenga pesadillas en todo lo que falta de semana. Una expedición tan alegre como esa que proyectas, es lo más apropiado para echar á perder durante ocho días la dicha de vivir.

Se estremecía rebelándose de antemano.

Comenzaron otra vez las risas y no obstante la muda desaprobación de *donna* Serafina, la cita para la reunión quedó acordada para las diez de la mañana siguiente.

Al marcharse manifestó Celia cuánto sentía no poderlos acompañar.

Con su candor cerrado de lirio en botón, no le interesaba más que Pierina; por esto, al llegar á la antecámara, se inclinó al oído de su amiga:

—Contempla bien esa belleza—la dijo—para decirme si realmente es hermosa, más hermosa que todas.

Al día siguiente á las nueve, cuando Pedro encontró á Narciso cerca del castillo de Santángelo, admiróle verle otra vez sumido en su entusiasmo por el arte, lánguido y desfallecido.

Al principio no se trató sólo de los nuevos barrios ni de la tremenda catástrofe económica que habían producido.

Narciso contó que se había levantado con el sol para ir á pasar una hora delante de la Santa Teresa de Bernin.

Decía que, cuando pasaba ocho días sin verla, sufría, con el corazón henchido de lágrimas, como si se viese privado de la presencia de una querida muy amada.

Tenía horas para quererla de un modo diferente, según los efectos de luz; por la mañana, con todo el arranque místico de su alma bajo la luz del alba que la vestía de blancura; después, por la tarde, con toda la pasión roja de la sangre de los mártires; al iluminarla los rayos oblicuos del sol poniente, cuya llama parecía manar en ella.

—¡Ah! ¡No podéis imaginaros lo que ha sido el despertar de esta mañana!—declaró con su aire de cansancio y los ojos apagados.—¡Qué cosa más deliciosa y conmovedora! Una virgen ignorante y pura que quebrantada por la voluptuosidad abre lánguidamente los ojos embelesada aún por haber sido poseída por Jesús... ¡Ah! ¡Es para morir!

Después, calmándose, y en cuanto dieron unos cuantos pasos, recobró su voz clara de mozo ducho en los negocios y muy aplomado en cosas de la vida práctica.

—Vamos pues á dirigirnos tranquilamente hacia los Pra-dos del Castillo, cuyas construcciones veréis allá abajo desde aquí... enfrente de nosotros, y andando, os contaré lo que sé. ¡Ah! Es la historia más extravagante, una de esas hazañas de la locura de la especulación, que son hermosas como obra monstruosa y bella de algún genio desequilibrado. Me enteraron algunos parientes míos que han jugado aquí y que ¡á fe mía! ganaron sumas considerables.

Y entonces, con una claridad y precisión extraordinarias, propias de un hombre de negocios, empleando los términos técnicos con facilidad, contó la extraordinaria aventura.

Al día siguiente de la conquista de Roma y cuando Italia entera deliraba de entusiasmo con la idea de poseer al fin la capital tan codiciada, la antigua y gloriosa ciudad, la eterna que tenía la promesa del imperio del mundo, lo que hubo al principio fué una explosión muy legítima de la alegría y de la esperanza de un pueblo joven, constituido la víspera y deseoso de afirmar su poder.

Se trataba de tomar posesión de Roma y de convertirla en una capital digna de un gran reino; se trataba ante todo de sanearla, de limpiarla de las basuras que la deshonoraban.

No se puede imaginar la inmundicia que bañaba la ciudad de los papas, la Roma *sporca* echada de menos por los artistas, en la que no había letrinas, sirviendo la vía pública para todas las necesidades; las ruinas augustas convertidas en retretes públicos, los alrededores de los antiguos regios palacios manchados con excrementos, cu-

hertos con montones de mondaduras, de restos de todas clases, de materias en descomposición, que, por otra parte, abundaban por todo, lo que convertía las calles en sumideros emponzoñados, de las que manaban continuas epidemias.

Se imponía la necesidad de grandes trabajos de edificación; se trataba de una verdadera medida de salvación y de higiene; de rejuvenecimiento, de asegurar y alargar la vida del mismo modo que era muy natural pensar en edificar nuevas casas para los nuevos habitantes que debían acudir de todas partes.

El hecho pasó también en Berlín, después de la constitución del imperio de Alemania, y se vió aumentar á aquella ciudad su población como con la celeridad del rayo y por centenares de miles de almas.

Indudablemente iba Roma también á doblarla, triplicarla, quintuplicarla, atrayendo á ella las fuerzas vivas de las provincias y convirtiéndose en el centro de la existencia nacional.

Y desde entonces se mezcló en esto el orgullo, pues era necesario demostrar al gobierno arrinconado del Vaticano aquello de que era capaz Italia y con qué esplendor iba á brillar Roma, la nueva Roma, la tercera, que sobrepasaría á las otras dos, á la imperial y á la papal, con la magnificencia de sus vías y el flujo desbordante de sus muchedumbres.

Durante los primeros años, la construcción encerróse, sin embargo, dentro de ciertos límites muy prudentes; fueron lo bastante cuerdos para no construir más que á medida que lo exigían las circunstancias.

De un salto se dobló la población y subió de doscientos mil habitantes á cuatrocientos mil, pues ese pequeño mundo formado por los empleados y funcionarios que fueron con las oficinas públicas, toda esa muchedumbre que vive del Estado, ó confía en que vivirá, sin contar los ociosos y aquellos que sólo viven para disfrutar y á los que una corte arrastra tras sí, instaláronse allí.

Esta fué la primera causa de la embriaguez; nadie dudó de que ese movimiento ascensional continuaría y hasta que se precipitaria,

Desde luego, la ciudad de la víspera no bastaba; era necesario no esperar para hacer frente á las necesidades de mañana, ensanchando á Roma y fuera de Roma, poblando los antiguos y desiertos arrabales.

Se habló también del París, del segundo imperio, tan agrandado y convertido en una ciudad de luz y de salud; pero en las orillas del Tíber fué la falta la de que, desde el primer momento, no hubo ni un plan general ni un hombre de mirada serena y clara, dueño soberano de la situación y que se apoyase en poderosas sociedades financieras.

Y lo que el orgullo comenzó, esa ambición de dejar atrás en esplendores á la Roma de los Césares y de los papas, esa voluntad de rehacer la Ciudad Eterna, la Predestinada, centro y reina de la tierra, lo concluyó la especulación con una de esas extraordinarias ráfagas del agio, con una de esas tempestades que nacen, causan estragos, lo destruyen y arrastran todo sin que nada avise su llegada ni pueda detenerlas.

De pronto corrió el rumor de que terrenos que se habían comprado á cinco francos el metro, se revendían á ciento y se encendió la fiebre; mas una de esas fiebres de todo un pueblo al que apasiona el juego.

Una bandada de especuladores, procedentes de la alta Italia, cayó sobre Roma, la más noble y la más fácil de todas las presas.

Para aquellos montafeses, pobres y hambrientos, empezó entonces la satisfacción de todos sus apetitos en el mediodía voluptuoso en que es tan agradable la vida de tal manera, que las delicias del clima, corruptoras de por sí, activaron la descomposición moral.

Además, en realidad, no había más que bajarse y los escudos se podían recoger á paladas entre los escombros de los primeros barrios viejos que se despanzurraron.

Los diestros, los previsores que olfateando el trazado de nuevas vías se hicieron dueños de los inmuebles amenazados de expropiación, doblaron sus capitales en menos de dos años.

Entonces fué cuando aumentó el contagio, envenenando la ciudad entera desde uno á otro extremo, y los habitan-

tes todos fueron arrastrados por ese torbellino; todas las clases sociales participaron de la locura, príncipes, burgueses, modestos propietarios, hasta los tenderos, panaderos, drogueros, zapateros, todos, en fin, hasta el extremo de que después se presentó el caso de un panadero que quebró por cuarenta y cinco millones.

Aquello no fué más que juego; pero un juego exasperado, desatentado, en el que la fiebre había reemplazado al tranquilo juego de la lotería papal, un juego en el que se cruzaban millones y en el que terrenos y construcciones llegaron á ser ficticios y nada más que simples pretextos para jugadas de Bolsa.

El antiguo orgullo atávico que soñó en convertir á Roma en la capital del mundo, se exaltó de ese modo hasta la demencia, bajo aquella cálida calentura de la especulación, comprando y edificando para revender sin medida y sin descanso, del mismo modo que se emiten acciones en tanto que las prensas quieran imprimirlas.

Jamás ciudad alguna en evolución ha dado un espectáculo semejante, y hoy, cuando se trata de explicar aquello, quedase cualquiera confundido.

La cifra de la población había llegado á exceder de quinientos mil habitantes y se dijera que se estacionó, pero esto no impidió que la vegetación de los barrios nuevos siguiese surgiendo con fuerza del suelo y cada vez con más ímpetu, ¿para qué pueblo moderno construfan con aquella especie de rabia?

¿Por qué especie de aberración llegaron al extremo de no esperar á los habitantes, preparando así millares de habitaciones para las familias de mañana que tal vez irían allí?

La única excusa, era la de haberse dicho con anticipación, y era una verdad indiscutible que la tercera Roma, la capital triunfante de Italia, no podía por menos de llegar á tener un millón de habitantes.

Estos no se habían presentado, mas indudablemente irían y ningún patriota podía dudarle, sin cometer un crimen de lesa nación.

Y seguían construyendo; construfan, edificaban sin descanso ni tregua para aquellos quinientos mil habitantes que estaban en camino.

Nadie se inquietó preguntando cuál sería el día de su llegada, bastaba con que se contase con ésta.

Todavía en Roma las sociedades que se habían formado para construir grandes vías á través de los antiguos barrios malsanos y derribados, vendían ó alquilaban sus inmuebles, realizando considerables beneficios.

Únicamente á medida que la locura iba en aumento, creáronse otras sociedades para satisfacer el deseo del lucro y con el objeto de edificar fuera de Roma más barrios, ¡siempre barrios! verdaderas reducidas poblaciones de que no había ninguna necesidad.

En la puerta de San Juan, en la puerta de San Laureano, los barrios extramuros surgieron como por milagro.

En los inmensos terrenos de la Villa Ludovisi, desde la puerta Salaria á la puerta Pia, hasta Santa Ana, comenzaron un esbozo de ciudad.

Y por último, en los Prados del Castillo fué toda una ciudad la que se quiso hacer que naciese, con su iglesia, su escuela y su mercado.

Y no se trataba de modestas casas para obreros, de casas económicas para la burguesía pobre y los empleados de poco sueldo, sino de edificios colosales, de verdaderos palacios con tres y cuatro pisos, desenvolviendo fachadas uniformes y desmesuradas, que convertían esos barrios de extramuros babilónicos que sólo capitales de vida muy intensa y de mucha industria, como París ó Londres, eran capaces de poblar; ahí están esos monstruosos productos del orgullo y del juego y qué página de historia, qué lección más amarga no encierran, cuando Roma, hoy arruinada, se ve además deshonrada por ese amplio cinturón de grandes osamentas yesosas y vacías, en su mayor parte sin concluir y cuyos escombros siembran ya las calles cubiertas de hierba.

El hundimiento fué fatal; el desastre horrendo.

Narciso dió las razones y explicó las fases con tanta claridad, que Pedro lo comprendió perfectamente.

Numerosas sociedades de crédito crecieron, naturalmente, en ese terreno abonado de la especulación, la «Inmobiliaria», la «Sociedad de edilidad y construcción», la «Fonodaria», la «Tiberiana», «El Esquilino».

Casi todas se constituyeron para construir, edificando caserones enormes y calles enteras, para luego revenderlo todo.

Jugaban también sobre los terrenos y los cedían con gran beneficio á pequeños especuladores que se improvisaban por todas partes, soñando á su vez con beneficios, con el alza continua y ficticia que determinaba la fiebre creciente del agio.

Lo peor era que esos burgueses, esos tenderos sin experiencia, enloquecían hasta el extremo de convertirse también en constructores, tomando dinero á préstamo en los Bancos ó dirigiéndose á las mismas Sociedades que les vendieran los terrenos, en demanda de los fondos necesarios para terminar las construcciones.

Con mucha frecuencia esas sociedades, para no perderlo todo, veíanse un día obligadas á apoderarse del terreno y de lo edificado en él, aun cuando estuviera sin concluir, y esto producía entre sus manos un entorpecimiento muy grande, que debía ser la causa de su muerte.

Si el millón de habitantes hubiese ido á ocupar las habitaciones que le preparaban, animados por un sueño de extraordinaria esperanza, habríase engrandecido Roma, llegando á ser una de las capitales más florecientes, y enriqueciéndose además en diez años, pues las ganancias fueran incalculables.

Lo único que sucedía era que aquellos habitantes mostrábanse muy reacios para ir; no se alquilaba nada y todas las casas estaban vacías.

Entonces estalló la crisis con la violencia del trueno y con una fuerza inusitada, por dos razones.

Desde luego las casas construídas por sociedades eran demasiado grandes y difíciles de adquirir, lo que hacía que ante su compra retrocediesen la mayoría de los modestos rentistas deseosos de colocar su capital en bienes inmuebles.

El atavismo obró en esta ocasión; los constructores se deslumbraron con lo grande, crearon una serie de palacios destinados á aplastar á los de las otras edades, pero que iban á quedarse abandonados y desiertos como uno de los testimonios más inauditos de la impotencia del orgullo.

No se encontraron, pues, capitales particulares que se atreviesen ó pudiesen substituir á los de las sociedades.

Aparte de esto, tanto en París como en Berlín los barrios nuevos, los embellecimientos de las poblaciones, se hacían con capitales nacionales, con el dinero del ahorro.

En Roma sucedió todo lo contrario: todo se edificó apelando al crédito, con letras de cambio á noventa días y sobre todo con dinero extranjero. Se aprecia la cantidad que allí engulló la catástrofe, en más de mil millones, cuyas cuatro quintas partes era dinero francés.

Esto se hacía sencillamente de banquero á banquero, los banqueros franceses prestando al tres y medio ó al cuatro por ciento á los banqueros italianos, que por su parte prestaban á los especuladores y á los constructores de Roma, al seis, al siete y hasta el ocho por ciento.

Es fácil imaginar cuán grande debió ser el desastre el día en que habiéndose sabido que Italia se había aliado con Alemania, retiró Francia sus ochocientos millones en menos de dos años.

Prodújose un inmenso reflujo, vaciando las bancas italianas y las sociedades dedicadas á la especulación sobre terrenos y edificios, obligadas á su turno á embolsar, tuvieron necesariamente que dirigirse á las sociedades de emisión, á las que tenían la facultad de emitir papel.

Al mismo tiempo intimidaron al Estado, amenazándole con detener todos los trabajos, lanzando á las calles de Roma cuarenta mil hombres sin trabajo si no obligaba á las sociedades de emisión á prestarles los cinco ó seis millones en papel que necesitaban para salir del paso, á lo que el Estado concluyó por ceder ante el temor de una quiebra general.

Naturalmente, al llegar los vencimientos, no pudieron devolverse esos cinco ó seis millones, puesto que las casas ni se vendían ni se alquilaban, de modo que el derrumbamiento comenzó, se precipitó, amontonándose escombros sobre escombros; los especuladores en pequeño cayeron sobre los contratistas, éstos sobre las sociedades constructoras, éstas sobre las de emisión, que á su vez se desplomaron sobre el Crédito público, arruinando la nación.

He ahí de qué manera una crisis sencillamente edilicia

se convirtió en un tremendo desastre económico, en un peligro de hundimiento nacional, después de haberse engullido la tierra inútilmente mil millones, y Roma quedar afeada, llena de ruínas juveniles vergonzosas y las casas abiertas y vacías para los quinientos mil habitantes soñados que aun no han ido y á los que continúan esperando.

Desde luego, dados los vientos de gloria que soplaban, hasta el Estado lo veía todo grande, colosal.

Se trataba de crear con todas sus piezas una Italia grande haciéndola llevar á cabo en veinticinco años la obra de la unidad y de la grandeza para la que otras naciones han empleado siglos para hacerlo sólidamente.

Así que demostró una actividad febril, hizo gastos prodigiosos en canales, puertos, carreteras, ferrocarriles, trabajos públicos desmesurados en todas las poblaciones.

Se improvisaba, se organizaba la gran nación; pero no se contaba.

Desde que se aliaron con Alemania los presupuestos de Guerra y Marina, consumen inútilmente muchos millones y no se hacía frente á las necesidades, cada día más grandes, más que á fuerza de emisiones, y los empréstitos se hacían todos los años.

Sólo en Roma la construcción del Ministerio de la Guerra costó diez millones, la del ministerio de Hacienda quince y se gastaban cien millones para los muelles, que aun no están concluidos y se consumieron más de doscientos cincuenta millones en trabajos de defensa alrededor de la ciudad.

Eso era, entonces, ahora y siempre, la manifestación del orgullo fatal, la savia de esa tierra que sólo puede florecer con proyectos muy vastos, con la voluntad de deslumbrar al mundo y de conquistarlo, en cuanto se pone el pie en el Capitolio ó hasta en el polvo acumulado de todos los poderes humanos que se han derrumbado unos sobre otros.

—Y ahora, amigo mío—continuó diciendo Narciso—si yo descendiese á contaros las historias que circulan, que se cuentan al oído, si os citase ciertos hechos, os quedaríais asustado, estupefacto, ante el grado de demencia

á que llegó esta ciudad entera, á pesar de ser tan razonable en el fondo, aunque muy indolente y egoísta cuando la dominó como contagiosa fiebre esa tremenda pasión de jugar.

Los de poco capital, los codiciosos, los ignorantes y los tontos, no fueron los únicos que se arruinaron, porque las grandes familias, casi toda la nobleza romana, dejó que se derrumbasen las antiguas fortunas, el oro, los palacios y las magníficas galerías de objetos de arte que debían á la magnificencia papal.

Esas riquezas colosales, que necesitaron siglos enteros de nepotismo para vincularse en unos pocos, fundiéronse como la cera, en menos de diez años, al calor del fuego nivelador del agio moderno.

Olvidándose después de que hablaba con un presbítero, le contó una de esas historias equívocas.

—¡Ved lo que son las cosas! Ahí tenéis á nuestro buen amigo Darío, príncipe de Boccanera, último de este título que se ve obligado á vivir con las migajas que le sobran á su tío el cardenal, el cual tampoco anda muy sobrado, pues sólo cuenta con lo que le produce su cargo; pues bien, quizás iría, no en coche, sino en carroza, á no ser por el extraordinario asunto de la villa Montefiori... Quizás os habrán enterado ya... Los vastos terrenos de esa villa cedieronlos por diez millones á una compañía constructora y más tarde el príncipe Onofrio, el padre de Darío, ateneado por la necesidad de especular, rescató á elevado precio sus propios terrenos, jugando sobre ellos y mandando edificar.

La catástrofe final se llevó, con los diez millones, todo lo que poseía, además los restos de la antigua y colosal fortuna de los Boccanera... Pero lo que sin duda no os han dicho han sido cuáles fueron las causas ocultas y el papel que desempeñó en todo eso el conde Prada, precisamente el esposo separado de la deliciosa *contessina*, á la que estamos esperando.

Era el amante de la hermosa princesa Boccanera, de Flavia Montefiori, que aportó en dote la villa á su marido.

¡Oh! Era una criatura admirable, bastante más joven que el príncipe, y se asegura que Prada dominaba al ma-